

Rodrigo
Booth

Licenciado en
Historia, P.
Universidad
Católica de
Chile
rbooth@puc.cl

La autosegregación estival y la construcción de la *identidad social*

Zapallar y Rocas de Santo Domingo en el proceso de la modernización del ocio en Chile (1892-1950)*

DURANTE LA SEGUNDA mitad del siglo xx, Zapallar y Rocas de Santo Domingo fueron considerados como los dos principales reductos veraniegos de las élites chilenas. Antes de la proliferación de condominios costeros y *resorts* que matizarían este aserto en el último fin de siglo, esos balnearios acogieron a los grupos más influyentes y proyectaron una potente imagen de distinción social. Tener una casa en Zapallar o veranear en Santo Domingo era, para el sentido común, epítome de la adquisición de todas las pretensiones.

Las figuraciones sociales que acompañaron el desarrollo de ambos balnearios han sido sólo escuetamente abordadas por la historiografía chilena. El prejuicio académico que dificulta la lectura del turismo en perspectiva temporal ha implicado que la historia local de los primeros balnearios nacionales haya sido expuesta sólo en pintorescos relatos costumbristas de época, que destacaban la alegre convivencia veraniega de las élites. Este tipo de narraciones parece haber orientado los escasos trabajos profesionales que indagan sobre la formación de los pueblos costeros, los que comúnmente se aproximan a su pasado desde un enfoque encerrado en la descripción de los hábitos adscriptos al veraneo (Besa, 1995; Rodríguez, 2001) o la enumeración de los estilos arquitectónicos más frecuentes, novedosos e influyentes que ahí se instalaron (Boza, 1986).

Sin embargo, la historia de la urbanización turística chilena, que en apariencia carece de durezas y problemáticas, fue un proceso mucho más pragmático y lleno de tensiones para sus beneficiarios. Este artículo fija su atención en las motivaciones que llevaron a un restringido grupo de la sociedad a confinarse en un pueblo costero durante la temporada estival. Las actitudes de los veraneantes, los deseos y las pretensiones que determinaron la constitución de los pueblos balnearios de Zapallar y Rocas de Santo Domingo son expuestas en una clave que permite comprender la importancia que el aprovechamiento del descanso vacacional y la obtención de una segunda residencia ha tenido en la configuración y consolidación de las identidades sociales en Chile.

Hacia 1900, las élites hacendadas y los más enriquecidos comerciantes de proveniencia anglosajona valoraron el ocio como una efectiva herramienta que los convertiría en lo que Thorstein Veblen denominó la "clase ociosa" (Veblen, 1995:43-74 y Barros y Vergara, 1978:41-55). Ese



Figura 1 - Casa María Luisa Mac-Clure en Zapallar. Arquitecto Josué Smith Solar (1924)

Fuente: Archivo de Originales Sergio Larraín G.M./ Fondo Josué Smith Solar.

* Siglas utilizadas: EFE (Empresa de los Ferrocarriles del Estado). SAPRS (Sociedad Anónima Playa Rocas de Santo Domingo).

limitado segmento social determinó la configuración del primer paisaje de consumo turístico en el país: el litoral central, una franja costera de unos 250 kilómetros de extensión, funcionalmente dependiente de Santiago y Valparaíso, los principales centros urbanos chilenos. Ahí las élites instalaron pueblos de segundas residencias como Zapallar, Maitencillo o Cartagena, cuyas principales características eran la ostentación del consumo del placer y una reducida convivencia entre los pares. Modificando los antiguos usos dedicados a la pesca artesanal o el comercio en sus pequeños puertos, los veraneantes del cambio de siglo propiciaron su definitiva ocupación como reductos para pasar la temporada estival en un entorno agradable junto al mar. Aun observando una primera intención destinada a alcanzar la distinción, los sujetos provenientes de las élites, comúnmente entendidos como personas convencionales y conservadoras, se convirtieron en portadores de ideas novedosas e iniciativas modernizadoras en el ámbito de la vida ociosa y en los primeros beneficiarios de las prácticas turísticas en Chile.

Mientras el tiempo de ocio se mantuvo como un privilegio de clase, la armónica sociabilidad de los grupos dirigentes en los pueblos del litoral central no sería cuestionada. Antes de abandonar Santiago, quien programaba una visita veraniega a Zapallar sabía con qué personas se encontraría y qué actividades realizaría. Si bien se reemplazaba el escenario y se readecuaban las prácticas, las élites sólo prolongaban y sofisticaban la vida social que efectuaban en la ciudad. Los balnearios oligárquicos representaban mejor las cualidades de un club social que las de una entidad urbana. Carentes de la mayor parte de los servicios que ofrecían las ciudades, de la polifuncionalidad y de la diversidad social característica de los emplazamientos urbanos, los pueblos de veraneo observaban una cuidadosa cultura comunitaria que la presencia de las actividades productivas ligadas a la pesca y el comercio nunca volvió a poner en duda.

Las dificultades de convivencia arribarían luego de la decidida democratización del tiempo de ocio propiciada por el Estado chileno durante las tres primeras décadas del siglo xx. La progresiva transformación del turismo oligárquico en una práctica plurisocial se inauguraría con la promulgación de las primeras leyes de descanso dominical, propuestas por parlamentarios conservadores entre 1903 y 1917. El estreno de estas disposiciones legales permitiría configurar un ambivalente día “domingo-tabú”, que garantizaba a los obreros la celebración de la divinidad y simultáneamente reposar de la semana de trabajo. La supervivencia de la práctica del descanso dominical entre los trabajadores laicos, la prohibición del relajo de los lunes y la posterior transformación ociosa para el sábado, concretarían el “fin de semana” chileno en su acepción contemporánea.

Posteriormente, la dictadura modernizadora de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) se comprometería en la difusión de nuevos destinos y sería el primer gobierno nacional en incentivar la instalación del negocio turístico en el país. Ibáñez regularía el funcionamiento de



Figura 2 - Casa en Zapallar (1935c)

Fuente: Archivo fotográfico / Museo Histórico Nacional de Chile.

los hoteles, entregaría parte importante de la organización, administración y promoción del turismo a la EFE, profesionalizaría la gestión turística creando una escuela de hoteleros, mejoraría la infraestructura carretera y convertiría a Viña del Mar en una inédita “ciudad del ocio” masiva e internacional. Producto de los adelantos propiciados por el Estado, hacia finales de la década de 1920, el tiempo de ocio dejaba de ser un privilegio para convertirse en un derecho pretendido también por la clase media. Modificando definitivamente el acceso restringido al turismo sustentado por las élites del cambio de siglo, el Estado chileno de la década de 1930 garantizaba el tiempo de ocio para todo el cuerpo social.

Desde ese momento, quienes habían constituido en Zapallar una elitista burbuja turística, observaron el arribo de la clase media en ascenso como una amenaza. Con la intención de resguardar lo que Richard Sennett denominaría el “mito de la comunidad purificada” (2001:77-82), los antiguos ocupantes del pueblo rechazaron a los nuevos veraneantes, quienes debieron decidir entre lidiar contra los prejuicios para acceder a la oferta social zapallarina o instalarse en un balneario diferente que les permitiera construir una nueva tradición. Aquellos individuos que optaron por la segunda opción se establecerían desde 1944 en Rocas de Santo Domingo, el primer balneario moderno del país. La carga simbólico-social del nuevo balneario prontamente se asemejó a la que Zapallar había proyectado durante las primeras décadas del siglo. La visita periódica a Santo Domingo entregaría a los nuevos veraneantes de la clase media la posibilidad de constituir una nueva condición social. La práctica del turismo y la posesión de una segunda residencia se articulaban para asimilar a los nuevos beneficiarios del tiempo de ocio como miembros de los grupos más privilegiados de la sociedad chilena.

LA AUTOSEGREGACIÓN ESTIVAL DE LAS ÉLITES: ZAPALLAR Y SU INEXPUGNABLE CONDICIÓN DE BALNEARIO ARISTOCRÁTICO

Al comenzar el verano de 1915, una empobrecida familia de la aristocracia santiaguina decidió recurrir a la última estrategia que le quedaba para sostener una reputación de clase alta que se le esfumaba debido a la falta de dinero. Ante las periódicas crisis económicas que habían diezmando su patrimonio, esta familia resolvió esconderse durante todo el verano en su casa del centro de Santiago. El encerramiento voluntario tenía como finalidad evitar los comentarios que la alta sociedad realizaría, luego de conocer que les era imposible efectuar el habitual viaje al balneario de moda: Zapallar.

Un rígido enclaustramiento secreto, sólo permeabilizado por los sirvientes que salían a diario para proveer los víveres necesarios para la subsistencia, hacía de la casa el escondite perfecto. Nadie se enteraría de la presencia de la familia en Santiago. Sus nombres serían publicados en las páginas de sociales del principal periódico capitalino, dando cuenta de su presencia como pasajeros del exclusivo hotel de la villa balnearia. La treta arribista sólo sería puesta en duda por los equívocos sucesos de la proximidad de un temblor o un confuso asalto que obligaría a los ocupantes del hogar a salir a la calle para pedir ayuda.

El engaño de la partida era una fábula. La ficción se presentó en la polémica obra estrenada en el teatro de la plaza Brasil, *Veraneando en Zapallar*, que relataba las peripecias experimentadas por una familia de

Los balnearios oligárquicos representaban mejor las cualidades de un club social que las de una entidad urbana

alcurnia que no quería que su pobreza fuera descubierta por sus pares (Valenzuela, 1915). Con todo, esta obra bien podría representar las prácticas más arribistas del veraneo conspicuo latinoamericano de las primeras décadas del siglo xx: en Buenos Aires, por ejemplo, recordados eran los hogareños escondites de las burguesías empobrecidas que no podían realizar el viaje estival a las estancias del campo o a la ciudad de Montevideo (Borges, 1995).

Durante todo el argumento, la playa de Zapallar se hacía presente entre las declaraciones de los protagonistas. Imaginando los flirteos realizados por los más jóvenes miembros de la familia, los paseos crepusculares de la puesta de sol, la vida social realizada en los clubes o en el hotel y los comentarios de los vestidos elegantes que llevaban las damas, el grupo divagaba sobre lo *chic* que resultaría disfrutar del paisaje costero y su sociabilidad. Exponiendo fríamente las representaciones sociales generadas por el advenimiento del ocio oligárquico, *Veraneando en Zapallar* manifestaba una sugerente sátira a la sociedad que hizo de la moda del baño de mar y del viaje a la playa su más eficiente aliado en la construcción de su propia identidad. La obra no sólo delataba la procedencia social de quienes podían aprovechar las ventajas veraniegas clasistas ofrecidas por Zapallar, sino que además evidenciaba una potente crítica hacia aquellos que no conseguían realizar el viaje solicitado para aparentar la posesión de dinero. La suerte de unos se oponía a las pretensiones de otros, insinuando la contradictoria carga ética de la clase ociosa chilena.

Veraneando en Zapallar no sólo formó parte del anecdotario de la historia del teatro en Chile. Si bien puede ser interpretada como la obra cumbre de un género menor cultivado en la prensa social y las “publicaciones del corazón” de las décadas de 1900 y 1910, la obra de Eduardo Valenzuela exhibía las tensiones descubiertas por la necesidad social del goce playero. *Veraneando en Zapallar* efectuaba una radiografía social de aquellas familias que consideraban el viaje a la playa como una liturgia profana que contribuía a la construcción de la identidad de las élites; un ritual social venerado por la clase ociosa que a la vez que garantizaba la expansión económica nacional se comprometía en un estrecho acercamiento que los confundía con la aristocracia tradicional.

La práctica del turismo y de los hábitos asociados al consumo de ocio, que antes de la legalización del tiempo libre deben ser entendidos como bienes suntuarios extraordinariamente difíciles de conseguir para las clases medias (Harris, 1985:30; Urry, 1990), garantizaba las ansias de exclusividad que las élites chilenas pretendían. Dispuestos a hacer del turismo oligárquico la manifestación más visible de su capacidad económica, el estrato de los caballeros ociosos generó reductos balnearios exclusivos para aquellos que no disfrutaban de la diversidad social que ofrecían ciudades como Santiago o Valparaíso. Emprendimientos de segundas residencias como Zapallar fueron instalados mediante la autosegregación estival de élites que expresaban así una crítica a la vida urbana y sus conflictos, similar a la que pobló las periferias de las ciudades chilenas de la época.

Durante gran parte de la segunda mitad del siglo xix, Zapallar se había constituido como el pueblo balneario en que desplegó su tiempo de ocio la aristocrática familia Ovalle Vicuña (Mackenna y Pérez, 1943:25). En 1892, el heredero de la hacienda Zapallar efectuó un viaje de placer a Europa en el que conoció algunos de los más elegantes balnearios de moda (*ibid.*:55). Con la idea de formar en Chile un balneario similar a los que había observado en su recorrido, Olegario Ovalle comenzó a distribuir lotes entre sus familiares y amigos. Intentando emular las actividades estivales de las élites europeas en un territorio vacío como el de la costa chilena, Ovalle se dispuso a organizar la instalación de una “población de descanso” que satisficiera las ansias de la holganza veraniega que comenzaban a manifestar las élites locales. El regalo de tierras constituyó la primera forma de seleccionar a los nuevos visitantes. Sin emprender un negocio turístico motivado por la especulación inmobiliaria, Ovalle conservaría algunas de las características que otorgaban a Zapallar su idiosincrásica cualidad señorial.

Los beneficiados con el obsequio de una porción de terreno fueron mayoritariamente sujetos provenientes de tradicionales familias chilenas y algunos enriquecidos inmigrantes anglosajones. La cuidada selección de nuevos vecinos no impidió que el temor a la mezcla

social se apoderara de los antiguos veraneantes. Según recordaba un connotado testigo, el arribo de “extraños” al balneario a finales del siglo XIX implicaría para la familia Ovalle “tener que cruzarse a cada instante con desconocidos curiosos y de mirada impertinente” (*ibid.*:58).

A pesar de esta relativa apertura, Zapallar se mantuvo como un pueblo balneario cuya escasa población ocasional mantenía casi todos los atributos que las élites exigían para formar parte de su reducido círculo. Según delataban sus filiaciones socioculturales, la mayor parte de los propietarios de lotes entre 1892 y 1906 practicaban y resguardaban las tradiciones católicas. El 57% observaba un remoto pasado castellano o vasco y muchos eran latifundistas en la zona central del país (Larraín, 1940:59-64). De los extranjeros, más del 80% eran ricos miembros de las colonias alemana e inglesa, quienes rápidamente se vincularon en parentesco con las élites tradicionales. La mayoría evidenciaba una estrecha relación con las actividades que comúnmente se han asociado a los grupos privilegiados de la época: agricultores, políticos, diplomáticos, abogados y médicos (Stabili, 2003). La propensión hacia la convivencia con “gente como uno” (*ibid.*:73-100) que observaban las élites chilenas se proyectó en el balneario de Zapallar durante todo el siglo XX. Al iniciarse la coyuntura modernizadora del ocio a finales de la década de 1920, la tasa de miembros de los grupos más tradicionales que veraneaban en ese pueblo había aumentado con respecto a las cifras expuestas para el periodo de formación (Dirección General de Impuestos Internos, 1929).

Los antiguos pobres que habían habitado la preexistente caleta de pescadores de Zapallar se presentaron desde la formación del balneario como la única alteridad social admitida. Es posible que la proyección de la vida aristocrática del campo, en que la lógica del patrón y el inquilino conformaban las principales relaciones entre estratos diferentes, se llevara a cabo en Zapallar aduciendo las necesidades que la vida ociosa solicitaba. De ahí que mamás (empleadas domésticas), jardineros, pescadores, mensajeros, planchadoras, cocineras o lavanderas, se mostraran en continua convivencia con los ricos hacendados zapallarinos. El inevitable contacto no implicaba ningún conflicto, pues la vecindad con el otro en este caso se verificaba como un método que confirmaba la identidad de las élites.

Pero las extracciones sociales no constituyeron la única evidencia que revelaba a Zapallar como un balneario “tradicional”. Al momento de efectuarse los primeros contratos que enajenaban las propiedades de la familia Ovalle, se exigió que las residencias que se construyeran respondieran a los cánones del “buen gusto” del penúltimo cambio de siglo. An cuando el “buen gusto” no imponía ningún estilo determinante, las preferencias estéticas de las élites chilenas comprometieron la incorporación de la arquitectura pintoresquista, bávara y



Figura 3 - Playa Zapallar (1930c).

Fuente: Gerstmann (1932)

normanda, plasmada en el chalet de descanso. Ese edificio, antonomásticamente constituido para albergar el ocio conspicuo, orientaría el historicismo de sus techos angulosos hacia la impresión de una elocuente imagen de elegancia proyectada por el balneario.

Por otro lado, la transformación del agreste panorama de la zona, que hasta finales del siglo XIX se caracterizaba por su clima semiárido y su escasa presencia vegetal, contribuiría a la exposición de la elegancia zapallarina. Ese trabajo se realizaría mediante la plantación de flora exótica traída especialmente desde los más importantes jardines santiaguinos (Larraín, 1940:52; Johow, 1946 y 1947). La profusa dotación de verde ornamental se explicaría al comprender el importante papel que las especies vegetales raras ganaban en una sociedad que buscaba exteriorizar su consumo suntuario. El cuidadoso trabajo realizado en los jardines zapallarinos debe valorarse además como un apoyo para la dotación de una espectacular escenografía arquitectónica, representada en algunas fastuosas casas de veraneo construidas por los más importantes arquitectos chilenos de comienzos del siglo XX (Boza, 1986; Pérez de Arce, 1993:43-51 y 91-95).

Tradicción, elegancia, prestancia y exclusividad eran algunas de las características que definían a Zapallar durante la primera mitad del siglo XX. Acompañadas de fotografías que lo demostraban, la propaganda exponía a Zapallar como el más exclusivo emprendimiento turístico del país. Un balneario aristocrático que albergaba los placeres estivales de los más influyentes miembros de la sociedad local. Las revistas de nota social de las primeras décadas del siglo XX, manifestaban que Zapallar era el balneario preferido de las élites para confinarse ahí durante el verano. Posteriormente el emplazamiento era descrito como un “pintoresco conjunto de lujosos chalets y vistosas residencias” (EFE, 1938:12). Las modernas guías de viaje publicadas por la EFE desde la década de 1930, confirmaban y promovían su “soberbia belleza” y la presencia de “numerosos chalets de elegante construcción” (EFE, 1939:14). En suma, las pretensiones de sus propietarios conducían una imagen que representaba a Zapallar como un balneario “de rango aristocrático” (EFE, 1945:35).

Antecesor de las burbujas turísticas contemporáneas, pero situado en un descampado paisaje costero en formación, Zapallar había manifestado una expresa orientación hacia el disfrute exclusivista del tiempo de ocio. La voluntad de resguardar la pureza en el inexpugnable “gueto elitista” zapallarino parece haber sido la motivación de las tensiones que comenzaron a verificarse al promediar el siglo XX. Luego de la democratización del tiempo de ocio, el arribo de las clases medias al balneario fue percibido por los antiguos propietarios zapallarinos como una nueva amenaza de convivencia interclasista. Tildando de “advenedizos” y rechazando a los “nuevos ricos” que buscaban aprovechar la oferta social que garantizaba el balneario, llamativos sucesos de violencia étnica y social se suscitarían en el confortable paraje cuya formación había sido alentada por la clase ociosa chilena.

LAS DIFICULTADES DE LA CONVIVENCIA INTERCLASISTA Y LA INSTALACIÓN DE ROCAS DE SANTO DOMINGO COMO UN BALNEARIO PARA PERSONAS MODERNAS

Durante el verano de 1952 quince familias de origen semita acudieron a pasar sus vacaciones al balneario de Zapallar. La quema de las carpas que habían instalado en la playa, el destrozamiento de los vidrios de las casas que alquilaban y la amenaza de quemarlas, consignas como “No queremos judíos en Zapallar” o “Tenías razón, Adolfo” y suásticas pintadas en los muros del pueblo, se presentaron como el hostil recibimiento expresado por algunos antiguos veraneantes del más tradicional de los pueblos balnearios chilenos.

Los sucesos de antisemitismo zapallarino no aparecieron como la única evidencia del rechazo frente a los “intrusos”. En 1943, un grupo de papudanos¹ había sido conminado a

¹ Provenientes de Papudo, un pueblo costero ubicado 10 kilómetros al norte de Zapallar.



Figura 4 - Jóvenes bañistas en Zapallar. Cartón postal (1940c).

Fuente: Archivo fotográfico / Museo Histórico Nacional de Chile.

abandonar la playa bajo la amenaza de ser expulsados a golpes. En 1947, los palos fueron recibidos por familias de origen árabe, quienes no habían previsto la resistencia que su procedencia cultural suscitaría en los propietarios del pueblo costero. La situación se repetiría y se agravaría contra veraneantes provenientes de la ciudad de Los Andes en el verano de 1948, cuando una disputa infantil terminaría en una violenta riña que dejaría algunos heridos hospitalizados en La Ligua (Millas, 2000:83-90).

Los episodios de violencia étnica y social ocurridos en Zapallar al promediar el siglo xx, se asocian al rechazo que manifestaban las élites tradicionales frente a cualquier “extraño” que quisiera ingresar en su reducido círculo social. Más que exponerse una posición ideológica antisemita o “turcofóbica”, la violencia registrada explicaba las representaciones pretendidas para el pueblo por sus habitantes veraniegos desde el debut de la villa balnearia en la escena social chilena. Posiblemente, quienes fueron tildados de “advenedizos” buscaban aprovechar la oferta elitista que proyectaba el descanso estival en ese reducto. Sin embargo, ser judío, palestino o miembro de las clases medias ascendentes suscitaba suspicacias en aquellos que habían instalado en Zapallar su propio entorno purificado (Farías, 2000; Rebolledo, 1994). No bastaba con poseer los recursos económicos suficientes como para pagar los subidos precios del hotel o arrendar una casa. Para ser bienvenido era necesario tener un “apellido conocido” y una historia familiar basada en la tradición aristocrática o en el esfuerzo inteligente heredado por los descendientes anglosajones.

En la década de 1940 los discursos estatales que promovían la consecución generalizada de la práctica del turismo, ya había legitimado el acceso de todo el cuerpo social al tiempo de ocio. Sin embargo, al menos en Zapallar, las élites mantenían el recelo frente al descanso estival de las clases medias. Necesariamente, el repudio motivaría que algunos de los segregados desearan superar de alguna forma el escollo. De ahí que el rechazo visceral frente a los nuevos sectores que comenzaban a aprovechar el veraneo podría servir como acicate justificador de la formación de nuevos emprendimientos turísticos que albergaran a los grupos en ascenso. Aquellos sujetos que no habían consolidado su identidad social se valdrían también del turismo balneario y de la adquisición de una segunda residencia costera para representar su nueva posición.

La historia de la planificación de emprendimientos turísticos modernos se inició en Chile durante la década de 1880. Precisamente en 1885, el ex intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, diseñó y promovió un pueblo balneario ubicado en la desembocadura del río Aconcagua, al noroeste de la capital del país (Vicuña Mackenna, 1885). Aun cuando se alcanzó a comercializar algunos lotes, la temerosa cercanía de los chilenos hacia el baño de

mar y la consecuente escasa demanda por residencias balnearias, hicieron desistir a Vicuña Mackena de continuar con su proyecto. Pese a las buenas intenciones de un promotor inmobiliario bien conectado con las élites económicas y los círculos más altos del poder político, este ensayo de planificación turística resultó un estrepitoso fracaso. Posiblemente las élites aristocráticas y burguesas, potenciales destinatarios del consumo placentero, preferían apropiarse y transformar antiguas poblaciones costeras como Papudo o Cartagena, antes que arriesgarse a comprar propiedades en un balneario nuevo que no garantizaba la adquisición de la distinción.

En 1914 un nuevo ejercicio de urbanización turística fue montado por un grupo de empresarios en Las Cruces, pocos kilómetros al norte del tradicional balneario de Cartagena. Se contrató al más connotado arquitecto chileno de la época, Josué Smith Solar, quien diseñó un trazado concéntrico cruzado por una gran avenida arbolada. La urbanización que consideraba la instalación de calles asfaltadas, plazas, alumbrado y agua potable rompía con la escasa organización que manifestaban casi todos los antiguos balnearios de Chile. A pesar de los esfuerzos realizados, posibles problemas de financiamiento influyeron en el fracaso de un proyecto en el que sólo alcanzaron a instalarse unas pocas construcciones (Comunidad Playa Blanca, 1915). Aunque quedó inconcluso, el trabajo realizado por Smith Solar en el balneario de Playa Blanca en Las Cruces le valió una reconocida experiencia en el desarrollo de urbanizaciones turísticas: veinte años después de la frustración de Playa Blanca, este arquitecto triunfaba en el concurso para diseñar el moderno balneario de Rocas de Santo Domingo (Pérez de Arce, 1993).

La trama urbana de Rocas de Santo Domingo se instalaría en un paisaje descampado en el que abundaban las dunas. Aún vacío, el territorio era descrito por las guías turísticas de finales de los treinta como un sitio en el que “no hay ni hoteles ni restaurantes”, pero donde “durante la época de verano, se instalan algunas ramadas que expenden comestibles y refrescos a los veraneantes” (EFE, 1938:48). La precariedad del terreno descampado serviría más tarde para promover la novedad de la población y para atraer a aquellos que buscaban fundar su propia tradición de personas modernas. A diferencia de los antiguos balnearios, cuyos usos tradicionales habían sido readecuados para satisfacer la demanda de placer de las élites de finales del siglo XIX, en Rocas de Santo Domingo se impuso una urbanización que transformaba radicalmente el territorio costero.

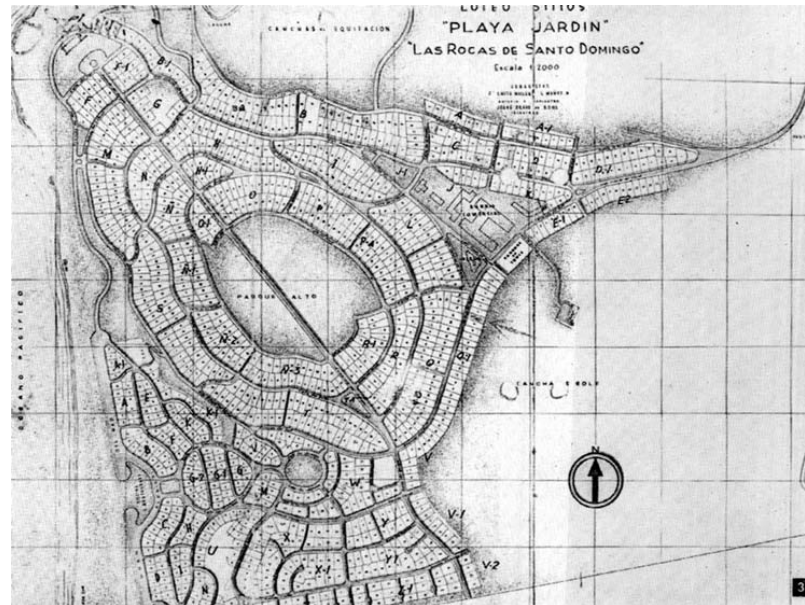


Figura 5 - Plano Rocas de Santo Domingo (1945c).

Fuente: Pérez de Arce (1993).



Figura 6 - Vista de la urbanización en Santo Domingo (1945).

Fuente: EFE (1945).

Santo Domingo resultó ser el primer intento exitoso de instalar una población de segundas residencias completamente planificada y montada como un negocio turístico. La tarea fue organizada por la “Sociedad Anónima Playa Rocas de Santo Domingo” (SAPRSD), dirigida por dos italianos dedicados al rubro de la construcción: Ernesto Boso y Carlos Cariola. El objetivo de la empresa era conformar una “playa-jardín” caracterizada por la “plantación, construcción e instalación de bosques, jardines, edificios adecuados, habilitación de playas, establecimientos balnearios, piscinas, campos de deportes, y, en general, la dotación de todos los elementos necesarios para un sitio residencial de recreo y reposo” (SAPRSD, 1942:5-6).

La construcción de Rocas de Santo Domingo comenzaría en la primera mitad de la década de 1940. Su diseño definitivo quedó a cargo del hijo de Smith Solar, José Smith Miller, y del urbanista Luis Muñoz Maluschka, quienes desarrollaron una planta organicista cuyas calles curvas se adecuaban a la sinuosidad del terreno. Las primeras casas se instalarían en 1944 y serían diseñadas por los más importantes arquitectos modernistas de la época. Posiblemente la personalidad desprejuiciada de sus primeros propietarios y sus nuevos gustos estéticos coincidirían con la preferencia por el movimiento moderno, lo que dotó a Rocas de Santo Domingo de una imagen que relacionaba por primera vez este tipo de manifestación arquitectónica con la edificación organizada de segundas residencias.

Si bien Rocas de Santo Domingo ha sido interpretado por el sentido común del siglo xx como un emprendimiento turístico de élites, semejante a balnearios tradicionales como Zapallar, lo cierto es que ello sería una visión basada en el prejuicio. Entre los primeros que habitaron el balneario se destacaba una amplia procedencia que exponía un inédito aprovechamiento del ocio veraniego de grupos en ascenso. Hacia 1945, al menos el 55.8% de los propietarios de Rocas de Santo Domingo puede ser identificado con la clase media profesional. De los extranjeros, más del 70% procedía de países no anglosajones (España, Hungría, Italia, Palestina, Silesia y Yugoslavia), y un no despreciable 26% era de origen judío. En oposición a lo ocurrido en Zapallar, en Rocas de Santo Domingo sólo el 17.2% de los veraneantes presentaba una adscripción aristocrática tradicional (SAPRSD, 1945; Empresa Periodística de Chile, 1946).

Uno de los elementos que ha contribuido a la confusa asimilación de Rocas de Santo Domingo con los programas semiurbanos recogidos en los balnearios tradicionales, tiene relación con la incorporación de las especies vegetales. El verde ornamental privado, asociado a la construcción de jardines que rodeaban las viviendas unifamiliares, alegorizaba una similitud con el aristocrático Zapallar. Su preponderancia se evidenciaba en la organización de un concurso anual que clasificaba los más bellos jardines y premiaba a sus propietarios y cultivadores. Sumado a ello, el prolijo diseño de un campo de golf confirmaba una actitud positiva frente al paisaje con que se dotaban las nuevas urbanizaciones de la década de 1940.

Pero en Rocas de Santo Domingo se otorgaron otras virtudes a la introducción de especies vegetales. La explanada verde de la cancha de golf difería notablemente de la finalidad contemplativa que caracterizaba a los parques zapallarinos. En el campo de golf, el veraneante-deportista realizaba un uso relativamente provechoso del césped: sus ocupantes se presentaban como personas modernas comprometidas con la cultura física y la vida al aire libre. Por otro lado, los jardines que rodeaban las nuevas viviendas de descanso no estaban asociados a la construcción de los ostentosos chalets historicistas instalados en Zapallar en las primeras décadas del siglo xx: en Rocas de Santo Domingo, el césped y las flores acompañaron muchas veces el trabajo realizado en la construcción de cómodas, pero austeras casas de veraneo.

Rocas de Santo Domingo se mostraba como una promesa moderna. Un sitio en que se concretaría el futuro deseado por quienes buscaban manifestar su identidad de clase media profesional en ascenso. Tomando parte en la difusión de la “venta de futuro”, la *Guía del Veraneante* entendía que el febril trabajo constructivo realizado en 1945 permitiría transformar “este bellissimo paraje en uno de los más aristocráticos balnearios de la zona” (EFE, 1945:83). Sin duda, este era un augurio cargado de las pretensiones de quienes adquirirían ahí su segundo hogar. La promoción inmobiliaria publicitaba también la idea de que la compra de una casa en Santo Domingo significaba la realización del “sueño de la vida y la mejor de las inversiones”

(SAPRSD, 1949). En la misma orientación, pero sin un compromiso con el fomento turístico o inmobiliario, el viajero peruano Ricardo Mariategui vaticinaba un expectante futuro para la población de veraneo. Según un aventurado juicio manifestado por este testigo, “Rocas de Santo Domingo será el balneario chileno del porvenir, y, no muy lejano, digno de competir entonces con los incomparables de Mar del Plata (Argentina) y Punta del Este (Uruguay)” (1953:34).

Pero la promesa de ocupar el mejor y más moderno balneario de Chile no significaba el único incentivo para quienes veraneaban en Santo Domingo. Ahí se presentaba un nuevo proyecto de integración que permitiría disfrutar del veraneo a las personas marginadas del turismo oligárquico. Su desarrollo incorporaba a cualquiera que contara con los recursos suficientes como para mantener una segunda residencia de medianas proporciones, lo que le otorgaría a las clases medias la posibilidad de conformar un enclave veraniego social y étnicamente permeable, que se oponía al “gueto elitista” construido en Zapallar. Los criterios de admisión a los balnearios de la costa central chilena habían cambiado. La autosegregación estival otorgaría a los grupos en ascenso que veraneaban en Rocas de Santo Domingo la posibilidad de fabricar una imagen social que pronto sería homologada a la identidad de los grupos privilegiados, lo que resultó ser el principal argumento para que el sentido común confundiera el proyecto semiurbano desarrollado en el exclusivo Zapallar con el mismo proceso que fundó Rocas de Santo Domingo.

CONCLUSIÓN

Durante la segunda mitad del siglo xx, Zapallar y Rocas de Santo Domingo fueron considerados como los dos principales reductos veraniegos de las élites chilenas. Al comprenderse como emprendimientos turísticos escogidos por los más influyentes miembros de la sociedad local, la potente imagen de distinción social que han proyectado parece haber opacado la posibilidad de interrogar su devenir para cuestionar la primera afirmación. Sin embargo, una lectura crítica de su constitución permite establecer ostensibles diferencias entre sus veraneantes: mientras la extracción social de los zapallarinos adscribía mayoritariamente a las élites tradicionales y los más enriquecidos miembros de las burguesías de ascendencia anglosajona, Rocas de Santo Domingo fue fundada y poblada en primera instancia por algunos exitosos miembros de la clase media en ascenso.

Al promediar el siglo xx, las tensiones sociales resultantes de la democratización de los hábitos del ocio y del turismo en un espacio de veraneo como Zapallar, repercutió en un insólito rechazo frente a cualquier “advenedizo” que quisiera aprovecharse de su oferta social. Intentando resguardar el entorno purificado, la violencia étnica y social registrada en la década de 1940 delataba mucho más que simples anécdotas de la vida veraniega chilena de la época. Esas disputas posiblemente incidieron en la formación de nuevos pueblos de veraneo que, como Rocas de Santo Domingo, albergara a todos aquellos que habían sido marginados del turismo oligárquico exclusivista de Zapallar. El único requisito para veranear en Rocas de Santo Domingo era tener la suficiente capacidad económica como para costear la construcción y mantener una casa de veraneo.

Oponiéndose a la tradición zapallarina, Rocas de Santo Domingo se presentó como el primer balneario moderno del país. La dicotomía se manifestaba en la personalidad de sus habitantes, pero más evidentemente en su cultura material: mientras Zapallar ostentaba el ocio de sus vecinos mediante la exteriorización del consumo suntuario en sus chalets historicistas, Rocas de Santo Domingo permitía y alentaba la construcción de viviendas austeras, e incluso “pequeñas casas rústicas de madera, residencia privilegiada en toda época del año” (SAPRSD, 1949).

Con todo, también se hace necesario atender algunas similitudes que contribuirían a explicar por qué Santo Domingo pudo apropiarse de la imagen social proyectada por Zapallar. Ambos balnearios se constituyeron como emprendimientos turísticos preferentemente residenciales. La autosegregación estival de las élites en Zapallar y de las clases medias en ascenso en Santo



Figura 7 - Casa de Guillermo Andwarter en Rocas de Santo Domingo (vista desde la calle). Arquitectos: Valdés-Castillo-Huidobro (1945).

Fuente: Archivo personal del arquitecto Héctor Valdés.

Domingo contribuyó a la generación de las identidades sociales de quienes se instalaron ahí con una casa de veraneo. La escasa presencia de infraestructura hotelera impidió la masificación de esos espacios de veraneo, protegiendo la convivencia de los grupos sociales. Durante todo el siglo xx, quien manifestaba la intención de viajar a alguno de estos balnearios, daba a entender que iría ahí para descansar en una casa. Y si bien las casas de Zapallar eran muy diferentes a la mayoría de las que se construyeron en Rocas de Santo Domingo, en ambos pueblos costeros estaba presente la idea de reposar en privado. La intimidad del mundo familiar de la casa y comunitario del balneario deben leerse como el elemento que relaciona a Zapallar con Rocas de Santo Domingo. Quizá sea justamente la propiedad privada de una casa lo que ligó sus figuraciones sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Barros, Luis & Ximena Vergara 1978 - *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*. Ediciones Aconcagua, Santiago.
- Besa, Carolina 1995 - "La formación del balneario: un nuevo espacio de veraneo". Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. P. Universidad Católica de Chile.
- Borges, Jorge Luis 1995 - "Thorstein Veblen: Teoría de la clase ociosa". *Biblioteca Personal*, Alianza, Madrid.
- Boza, Cristián 1986 - *Balnearios tradicionales de Chile: su arquitectura*. Montt-Palumbo, Santiago.
- Comunidad Playa Blanca 1915 - *Playa Blanca (Las Cruces de Cartagena). Un balneario moderno, de primera clase, para personas de buen gusto*. S/e. Santiago.
- Dirección General de Impuestos Internos 1929 - *Rol de avalúos de la comuna de Zapallar*. Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso.
- EFE 1938 - *Guía del veraneante. Revista de turismo de los FFCC del E. (Chile) 1937-1938*. Talleres Gráficos, Santiago.
- 1939 - *Guía del veraneante. Revista de turismo de los FFCC del E. (Chile) 1938-1939*. Talleres Gráficos, Santiago.
- 1945 - *Guía del veraneante 1945*. Talleres Gráficos de los FFCC del E., Santiago.
- Empresa Periodística de Chile 1946 - *Diccionario biográfico de Chile 1946*. Talleres Gráficos, Santiago.
- Farías, Víctor 2000 - *Los nazis en Chile*. Seix Barral, Barcelona.
- Harris, Marvin 1985 - *Jefes, cabecillas, abusones*. Alianza, Madrid.
- Johow, Federico 1945 - "Flora de Zapallar". *Revista chilena de historia natural*, XLIX.
- 1946 - "Las plantas de cultivo de Zapallar". *Revista chilena de historia natural*, L.
- Larraín, Carlos 1940 - *Orígenes de Zapallar*. Imprenta y Litografía Universo, Santiago.
- Mackenna, Manuel & Javier Pérez 1943 - *Zapallar. Documentos destinados a guardar la tradición de Zapallar*. Imprenta Universitaria, Santiago.
- Mariategui, Ricardo 1953 - *Visión de Chile*. S/e, Lima.
- Millas, Hernán 2000 - *La buena memoria*. Planeta, Santiago.
- Pérez de Arce, Mario 1993 - *Josué Smith Solar, un arquitecto chileno del 1900*. ARQ-PUC, Santiago.
- Rebolledo, Antonia 1994 - "La 'turcofobia'. Discriminación antiárabe en Chile (1900-1950)." *Historia*, 28.

- Rodríguez, Paula 2001 - "Nuevos aires para un nuevo espíritu". Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia. Universidad Finis Terrae.
- SAPRSD 1942 - *Estatutos de "Playa Las Rocas de Santo Domingo, s.a."* Aprobado el 21 de Enero de 1942. Imprenta y Litografía Universo, Santiago.
- 1945 - *Segunda memoria y balance anual al 30 de junio de 1945*.
- 1949 - "Loteo 'El Bosque'". (Folleto publicitario). Zig-Zag, Santiago.
- Sennett, Richard 2001 - *Vida urbana e identidad personal*. Ediciones Península, Barcelona [1970].
- Stabili, María Rosaria 2003 - *El sentimiento aristocrático. Élités chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Editorial Andrés Bello/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.
- Urry, John 1990 - "Time, Leisure and Social Identity". *Time & Society*, 3.
- Valenzuela, Eduardo 1915 - *Veraneado en Zapallar*. Imprenta Universitaria, Santiago.
- Veblen, Thorstein 1995 - *Teoría de la Clase Ociosa*. Fondo de Cultura Económica, México [1899].
- Vicuña MacKenna, Benjamín 1885 - *Al Galope*. Imprenta Gutemberg, Santiago.